

El hombre de Madurai

Eraclio Zepeda

Al sur de la India se levanta la gran ciudad de Madrás. Al sur de Madrás edificaron Madurai, el templo más prodigioso que cualquier viajero pueda conocer en aquellas tierras. Madurai representa el poder de una organización religiosa, fuerte y de profunda relación con su pueblo.

Madurai, más que un templo o un conjunto de templos, es una ciudad estado que muestra, con sus altas torres, el poder teocrático: cuenta con sus propias fuerzas armadas, sus elefantes y sus caballos de combate que circulan el perímetro de Madurai montados con brillante orgullo.

Tiene también Madurai sus propias bailarinas y sus cuerpos de música para las grandes festividades. Y cuenta además, con alojamientos apropiados para recibir a los poetas y a los pensadores. Por sus estantes y sus corredores circulan muchachas que se pintan de rojo las plantas de los pies. Cuando caminan, descalzas, parece que el sol amaneciera en cada uno de sus pasos.

No muy lejos de Madurai, frente al mar, se levanta un templo pequeño, conocido como el templo en la playa. Está ricamente ornamentado con figuras de elefantes en bajo relieve. A ese templo llegó un día, en su viaje de regreso a Venecia, Marco Polo el gran viajero. En su libro describe a Madurai de manera fresca.

Buscando las huellas de Marco Polo llegué al templo en la playa y escuché las noticias de la grandeza de Madurai, traídas por los asombros que escuchaba en labios de amigos recién encontrados en los mercados y en las plazas públicas. Decidí ir a Madurai.

Por aquellos días viví una temporada en la India, en un viaje de mochila y botas fuertes que me había llevado por diversas montañas y selvas, de mar a mar, por aquel país deslumbrante. Al traspasar la puerta principal de la ciudad templo de Madurai quedé impresionado por la magnitud de sus construcciones, la altísima torre, sus espejos de agua y las multitudes de los fieles que ejercen un culto de cantos y flores, en algo muy parecido a una fiesta.

Decidí pedir el apoyo de las autoridades religiosas para recorrer las interminables instalaciones y galerías. Fui a las oficinas administrativas, me liberé del peso de la mochila y poniéndola en el suelo solicité un guía. Había descubierto que por encima de las lenguas tan diversas de la India el Basic English era la llave indicada para conversar en aquellos territorios. Había aprendido, también, que con esa lengua podía entrar en contacto prácticamente con todo el mundo, menos, por supuesto con los ingleses.

El funcionario del templo me recibió cortesmente y me informó que un sacerdote me acompañaría en el recorrido. Me invitó a que dejara la mochila en la oficina y observó con interés mis botas. Había aprendido, también, que las personas que caminan descalzas ven siempre con precaución un par de botas fuertes que tarde o temprano terminan por atropellar sus pies. Llegó el sacerdote que habría de ser mi guía. Era un hombre esbelto, de mirada tranquila, con una sonrisa que no se atrevía a serlo del todo y una decoración con pintura amarilla que le recorría la frente. Como todos ellos estaba descalzo y vestido con su túnica blanquísima de algodón. Sus movimientos eran suaves y armoniosos al caminar. Sus pies quedaban como suspendidos en el aire, casi sin tocar tierra, y yo busqué en la arena para comprobar que dejaba huellas en su camino. Me saludó en esta lengua franca que tanto me había ayudado y me invitó a que lo siguiera.

Con un acento que no era del todo desconocido me fue regalando los secretos de Madurai. Yo tenía 28 años, era un muchacho fuerte y pisaba con energía mis botas sobre el piso para apoyarme más en la tierra. A mi lado el sacerdote hablaba en aquel inglés inventado que yo compartía, mientras movía con gracia sus delgados pies descalzos.

Los jóvenes suelen tener movimientos torpes. Tal parece que sus cuerpos fueran demasiado poderosos para la experiencia que tienen del mundo. Al menos mi juventud estuvo siempre marcada por ademanes y movimientos que a veces producían bruscos resultados que yo no había buscado. Aquella mañana, mi pesada bota derecha fue a caer brutalmente sobre el frágil pie del sacerdote.

-¡Uta má! -exclamó el hombre santo que caminaba a mi lado; yo, con el peso de la vergüenza, sentí también aparecer el ala de la risa y de la curiosidad.

-¿Habla usted español...? -le pregunté mientras trataba de sobarle el pie adolorido sin lograr convencerlo.

Sentado sobre una piedra y sobándose él mismo me contestó con una voz dolorida:

-El español es mi lengua natal pero nunca tengo ocasión de hablarlo. Son tan pocos los viajeros que lo conocen...

-¿Y de qué país viene?

-De México -declaró poniéndose de pie para continuar cojo el camino. El sacerdote, a pesar del dolor, experimentó alegría al poder hablar en su propio idioma, como persona mayor y no con los balbuceos que impone otra lengua nunca aprendida del todo.

-¿Usted de dónde viene? -me preguntó a su vez.

-Soy su paisano.

Detuvo su paso y volvió hacia mí su rostro noble. Noté que sus ojos estaban húmedos pero en su boca había aparecido la sonrisa.

-Hace años que no encontraba un compatriota...

Seguimos el camino y yo veía que aquel hombre santo gozaba cada una de las palabras que le salían, sin duda, del fondo de su memoria. De pronto, caminando por una galería interminable descubrimos ambos que nuestra conversación había abandonado el tema de Madurai para regresar a México. Nos sentamos bajo la sombra de un baniano enorme.

Me contó una historia larga de rupturas. Supe que era de Jalisco y me dio el nombre de su familia. Me habló de los duros días de la violencia; sus relatos de la guerra cristera eran preciosos, aunque estoy seguro que él nunca estuvo en ninguna

batalla. Pero sí sabía de fusilamientos y ahorcados.

Me confió que su familia había decidido enviarlo a París para salvarlo de los peligros. Convinieron en nunca más establecer comunicación alguna. Él habría, por algún motivo, de desaparecer. Llegó así a Francia y prosiguió sus estudios de teología donde descubrió las religiones orientales.

Se enteró con dolor de la guerra de España y no pudo evitar los recuerdos de la violencia en México. Cuando los nazis invadieron Francia entendió que para él Europa había terminado. Huyendo del incendio escogió un rumbo nuevo: no podía regresar a México porque así se lo había ofrecido a su familia. Europa era un peligro. Se esperaban grandes batallas en el norte de África, sus estudios de oriente le llevaron de la mano para encontrar un barco rumbo a Bombay.

-Desde que pisé la tierra Indú -me dijo- supe que había encontrado una nueva casa.

Se convirtió en un peregrino de caminos ignorados. Recorrió santuarios y lugares de devoción de muy diversos credos. En aquel mundo abigarrado de religiones iba de uno a otro lado. La noche que llegó a Madurai era la Navidad de 1943. Pidió asilo al templo. Pasó a vivir en los alojamientos de los peregrinos hasta que decidió convertirse en sacerdote de Madurai.

Cuando yo lo conocí, en aquella única tarde que compartimos, habían transcurrido 24 años de su nueva vida. Conversamos de una manera tranquila y larga como si fuera un reencuentro. Al despedirnos me rogó que guardara su nombre como un secreto de amigos.

Después de desearme un camino sin resacas me preguntó con los ojos fijos en los míos:

-Dígame paisano, ¿se acabó la guerra en México?